

CAPITULO XIV.

Sucede en el imperio el rey Quinantzin, que traslada la corte á Tezcoco, dejando por gobernador de Tenayocan á su tío Tenancacaltzin, que se le rebela y se hace jurar emperador. Guerra de los culhuas con los xochimicas, y hecho notable de los mexicas. Guerra de estos, auxiliados secretamente por Aculhua segundo de Azcapuzalco contra Tenancacaltzin, á quien vencen, y se declara Aculhua emperador.

Luego que se concluyeron las exequias del difunto emperador, fué solemnemente coronado su primogénito el rey Quinantzin Tlaltecatzin, con las mismas ceremonias que su padre, y con universal aclamacion y aplauso. Agradado de la hermosura de su ciudad de Tezcoco, muy ventajosa á la de Tenayocan, determinó trasladar á ella su corte, dejando por gobernador de Tenayocan á su tío Tenancacaltzin, hermano bastardo de su padre. No deseaba este otra cosa para poner en ejecucion los depravados ambiciosos intentos, que habia concebido de invadir al imperio; y así apénas partió para Tezcoco el emperador, comenzó á levantar gente, y á avivar sus negociaciones para atraer á su partido á los principales señores del imperio.

Consiguiólo en breves dias, entrando en la liga muchos de los reyes y señores, y entre ellos el rey Aculhua segundo de Azcapuzalco, que aunque miraba con aficion la corona imperial, hubo de ceder por entónces, con la esperanza de quitársela despues al usur-

pador, y poniendo este en ejecucion su proyecto, se hizo proclamar emperador, y se coronó solemnemente en Tenayocan el año siguiente de 1299, señalado con el signo de dos cañas.

Un suceso tan impensado sorprendió á Quinantzin, que en un momento quedó despojado de la corona imperial, sin arbitrio para recobrarla, habiéndosele rebelado la mayor parte de los príncipes que pudieran ayudarle en la empresa, sin quedar á su devocion mas que los tres reyes de Culhuacan, Xaltocan y Cohuatlican, y el señor de Huexotla, cuyas fuerzas y poder eran muy inferiores al de los otros reyes enemigos, y al considerable número de vasallos del imperio que tomaron luego las armas en favor de Tenancacaltzin, con el fútil pretexto de queja de haber abandonado Quinantzin la antigua corte de Tenayocan para trasladarla á Tezcoco.

A este principal golpe se le añadió al mismo tiempo otro muy sensible, porque el señor de Cohuatepec, llamado Yohualtintzin, se apoderó con engaño y traicion de la ciudad de Tlazalan, de la que el difunto emperador habia hecho merced á su hijo natural Tlacateotzin, echándole de ella, y declarandose rebelde á su señor Quinantzin, levantó tropas para invadir por aquel lado las tierras del imperio.

Enmedio de tormenta tan deshecha mostró Quinantzin la grandeza de su ánimo, no solo llevando con tolerancia tan grandes golpes, sino conformándose con la situacion de las cosas, sin querer empeñar ni á los reyes sus aliados, ni á sus fieles vasallos en una guerra tan desigual; y así solo les pidió á los primeros que le ayudasen á defender su reino de Tezcoco; y levantan-

do las tropas que pudo de los segundos, procuró fortificarse en su reino, para guardar prudentemente lo que le habia quedado, sin exponerse á perderlo todo, si intentaba recobrar lo perdido.

Enmedio de todas estas turbaciones se mantuvieron quietos los aztecas mexicas en sus tierras de Chapultepec, sin que nadie les incomodara. Pero viendo la situacion de las cosas, le pareció á su rey Huitziluhuitl que era conveniente y necesario contraer alguna alianza con una de las potencias mas poderosas, que pudiese ampararles y protegerles en cualquiera fortuna. Ninguna le era mas conveniente que la del rey Aculhua segundo de Azcapuzalco, así por la mayor vecindad, como por lo pujante que estaba la nacion tecpaneca; y así para conseguirla, determinó tratar casamiento con una hija del infante Acamapichtli, hermano del rey de quien dejamos dicho al capítulo VII que por disposicion de su abuelo Xolotl casó con Ilancueitl, hija del rey Achitometl de Culhuacan, de cuyo matrimonio tuvo entre otros á la princesa Atotoztli, y esta era con quien pretendia casarse el rey Huitziluhuitl; pero temia la repulsa y el desaire, por ser estos señores los primeros príncipes del imperio. Con todo se resolvió á enviar á pedirla al rey de Azcapuzalco, nombrando para ello á algunos de los sacerdotes y señores principales de conocida prudencia, talento y elocuencia.

Desempeñaron estos muy bien su comision, porque habiendo pasado á Azcapuzalco, y presentándose al rey con las demostraciones mas atentas y reverentes, le expusieron la pretension de su señor con expresiones elocuentes y obsequiosas, exaltando la grandeza, poder y nobleza del rey con cuya alianza y á cuya som-

bra pretendian vivir felices, y lograr los mayores aumentos. Oyó benigno el monarca la pretension, y condescendió en ella gustoso. Mandó llamar á su hermano el infante Acamapichtli, padre de la señora, y le hizo saber la pretension del rey Huitziluhuitl y su anuencia á ella. Aceptóla igualmente gustoso el infante, y se entregó la novia á los embajadores, segun lo tenian de costumbre, para que la condujesen á su ciudad. Volvieron gustosos á presencia de su rey, quien recibió á la esposa con todas las demostraciones de afecto y obsequio que eran debidas, y luego se efectuó el desposorio con toda solemnidad, y con universal aplauso y regocijo de toda la nacion. De este matrimonio nació el segundo Acamapichtli, que fué el primer rey de la ciudad de Méjico, á quien confunden los escritores con su abuelo el infante de Azcapuzalco, como iremos viendo.

Por este mismo tiempo, aunque no señalan el año, murió el rey Calquiyauhtzin de Culhuacan, y sucedió en el reino Coxcox, hijo primogénito de Acolmiztli rey de Cohuatlican, y su heredero en el reino, que habia casado con Xiloxochitzin, hija única de Calquiyauhtzin, y apenas entró en la posesion del reino, comenzaron á suscitarse muchas inquietudes con motivo de los nuevos pobladores xochilmicas, cuya vecindad repugnaron desde el principio los culhuas, y se aumentó su ojeriza viendo que se iban extendiendo por la ribera de la laguna que hoy llaman de Chalco á la banda opuesta de Culhuacan, queriendo señorearla toda, cuya posesion tenian los culhuas de tiempo muy antiguo. De aquí nació el que los mas dias hubiese encuentros particulares de unos con otros, sobre el paso

y pezca de la laguna, en que habia por lo regular desgracias de heridas y muertes. No les era tan molesta la vecindad de los mexicas en Chapoltepec, así porque estaban mas retirados que los xochimilcas tambien á la banda opuesta de la laguna, como porque no habian avanzado tanto terreno, y estaban mas apartados de la ribera, en parage donde tenian algunas ciénegas y lagunetas que les proveian de ranas y mariscos, y así no transitaban la laguna, ni se aprovechaban de su pesca. Fué creciendo la enemistad, y encendiéndose mas el fuego entre los culhuas y xochimilcas, hasta llegar el caso de venir estos con ejército formado sobre las costas de Culhuacan. Recibieronlos los culhuas con valor, y en las mismas costas se trabó la escaramusa, que duró algunos dias, al cabo de los cuales hubieron de retirarse los xochimilcas con bastante pérdida, amenazando á los culhuas de volver sobre ellos con mayor poder. No fué ménos el estrago que sufrieron los culhuas, y no dudaban que sus enemigos cumplirian sus amenazas.

Viéndose el rey Coxcox en esta situacion, le parecia que si pudiese juntar un ejército con que dar prontamente sobre los enemigos en sus propias tierras, lograria vengarse de su atrevimiento, y dejarles escarmentados; mas no teniendo en el dia proporcion, pensó valerse de los nuevos vecinos de Chapoltepec. Envió sus mensajeros á su rey Huitzilihuitl, pidiendo socorro para ir contra sus enemigos á vengar el agravio que le habian hecho. Concediólo luego Huitzilihuitl; pero dijo á los mensajeros que no podía ser tan prontamente, porque sus vasallos no tenian suficiente provision de armas, y así era preciso, ó que se las die-

sen, ó les diesen tiempo para fabricarlas. No las tenia tampoco Coxcox, ni le era conveniente demorarse en la ejecucion de su proyecto, por no dar tiempo al enemigo de que se rehiciese; y así envió á decir á Huitzilihuitl la imposibilidad en que se hallaba para lo primero, y los inconvenientes en lo segundo; por lo que le parecia acertado que vinieran los aztecas prontamente, armándose lo mejor que pudiesen, que la falta que hubiese de armas la supliria su valor.

En este estrecho arbitró prontamente el rey Huitzilihuitl que de la abundancia de carrizos que tenian en sus ciénegas, majándolas y tejiéndolas, formasen las rodelas, y llevasen unos palos largos y de competente grueso con que pelear en lugar de flechas ó macanas, y que cada uno llevase un cuchillo en la cinta de los que les servian para sus usos domésticos y que fabricaban de pedernales.

Algunos autores dicen que el consejo de armarse de esta suerte se los dió su Dios Huitzilopuchtlí, asegurándoles del vencimiento; pudo ser inventiva de los sacerdotes.

Armados prontamente de este modo los aztecas, marcharon luego á unirse con los culhuas, mandados por su rey Huitzilihuitl. Recibiólos con mucho agrado el rey Coxcox, y sin detenerse repusieron unos y otros la laguna, y fueron á desembarcar en la costa occidental de ella, algo retirados de las tierras de los xochimilcas. Luego que desembarcaron, hizo un razonamiento á todos el rey Coxcox, exhortándolos á pelear valerosamente, y ofreciendo premios á los que matasen ó prendiesen mayor número de enemigos. Determinó acometer por tierra y agua, de suerte que unos se em-

barcasen en las canoas en que habian venido y acometiesen por la laguna, y otros por la parte de tierra; pero mandó que fuesen separados los mejicanos de los culhuas, llevando aquellos la vanguardia, y que marchasen delante con bastante distancia de los otros.

Concibió el rey Huitzilihuitl, y con harto fundamento, que el fin era entregar al sacrificio á sus vasallos, para que cebados en ellos los enemigos, pudiesen los culhuas viniendo de refresco, y cogiéndolos cansados, vencer con mas facilidad, y llevarse la gloria de la accion. Mas con todo calló y marchó prontamente con su tropa, unos por agua, y otros por tierra. Luego que los tuvo harto distantes de los culhuas, les mandó que no matasen ni cautivasen á ningun enemigo, sino que á los que venciesen los desarmasen, y con el cuchillo que llevaban en la cinta les cortasen la oreja derecha, y las fuesen guardando en unas espuestas de palma (que en su idioma llaman tenatli, y corrupta la voz por los españoles las llaman tanates ó tenates) en las que en lugar de mochila llevaban su provision, que en su lengua llaman itacatl.

No estaban descuidados los xochimilcas, y así luego que vieron irse acercando aquella gente les salieron al encuentro por tierra y agua; mas los mexicas les embistieron con tanta furia con sus palos, que los arrojaron, y despavoridos volvieron la espalda, y huyeron para la ciudad. Los mexicas siguiendo la orden de su rey, comenzaron á cortar orejas á los vencidos, y desarmándolos los dejaban ir libres, y ellos corrían adelante en alcance de los que huian. Así entraron á la ciudad, haciendo tal desmocha, que los xochimilcas, aterrorizados de su valor, y asombrados de aquel ex-

traño modo de pelear, comenzaban á desamparar la ciudad, y huian á los montes. A esta sazón llegaron los culhuas, que embistiendo furiosos á los que encontraban ya desarmados, y avergonzados con la falta de la oreja, hicieron muchísimos prisioneros, y se apoderaron de la ciudad. Viéndose en tal conflicto los xochimilcas, se rindieron y pidieron la paz, ofreciendo no inquietar á los culhuas, ni perjudicarles, propasando de sus límites en la pesca de la laguna, que fué el origen de esta guerra. Contentóse Coxcox con esta promesa, y mandó retirar la gente, y salir de la ciudad.

Vinieron los culhuas á presentarse á su rey, con el gran número de prisioneros que cada uno habia hecho para recibir los premios prometidos, burlándose de los aztecas que no traían prisionero alguno. Callaban estos por orden de su rey, hasta que estando todos juntos culhuas y aztecas, habló el rey Huitzilihuitl al de Culhuacan de esta suerte: “ Bien conocí que el haber
“ mandado que fuesemos delante á embestir primero á
“ los xochimilcas, fué para que descargando en nosotros su mayor furia, tuvieran ménos que hacer tus
“ culhuas, y á ménos costa se apropiaran el logro de
“ la victoria. Así ha sucedido, y ahí los tienes jactándose de su valor por los muchos prisioneros que hicieron; pero mándales reconocer, y hallarás que á
“ todos les falta la oreja derecha, porque ántes que llegasen tus culhuas ya los habian vencido y desarmado
“ mis vasallos, cortándoles las orejas que traen en sus
“ tanatlis.” Y mandando entónces á los aztecas que las manifestasen fué cada uno vaciando de su tanatli las que traía, que contadas aventajaron con mucho exce-

so al número de prisioneros que traian los culhuas, y reconocidos estos todos tenian cortada la oreja derecha. Continuó entónces el rey Huitzilihuitl diciendo: " Ya ves que es incomparablemente mayor el número de los que vencieron mis aztecas, que los que apresaron tus culhuas; los que les quitaron las armas y las orejas pudieron muy bien haberles muerto ó apresado; mas yo les mandé que les dejasen vivos, para que se aprovecharan de ellos tus vasallos, y lograsen los premios que ofreciste."

Confuso quedó Coxcox y todos los culhuas á vista de esta accion, admirando el valor y ardid de los mexicas. Procuró satisfacerles, acariciarles y regalarles por mantener su amistad para lo que se le pudiese ofrecer, y mas que todo temeroso de tenerlos por enemigos. Aquí es dondè comenzaron los aztecas mexicas á dar á conocer su bélico aliento y espíritu marcial, y á hacerse respetables de todos sus vecinos.

El rey Aculhua segundo de Azcapuzalco, que como queda dicho habia concebido el intento de quitarle la corona imperial al usurpador Tenancacaltzin, habiendo tenido noticia de todo lo acaecido en la guerra de los xochimilcas, pensó que era esta favorable coyuntura para conseguir su intento, valiéndose del esfuerzo y valor de los mexicas, con quienes habia contraido la alianza que he dicho por el casamiento de su rey Huitzilihuitl con su sobrina la hija de Acamapichtli, el cual por este motivo estaba adicto al de Azcapuzalco, y dedicado á complacerle. Propúsoles, pues, su intento de despojar de la corona imperial á Tenancacaltzin; pero que esto habia de ejecutarse sin dar á entender que era por órden suya, ni que él coadyuva-

ba al intento; y les ofreció dar secretamente toda la provision necesaria de armas, y alguna tropa, que mezclada con ellos y disfrazados aumentasen su número. Convinieron en ello los mejicanos, y se previnieron para la empresa, que pensaban ejecutar por sorpresa; y así ya que tuvieron pronto un buen número de tropa, marcharon á la deshilada (1) para Tenayocan; y una noche la asaltaron improvisamente; pero no lograron su intento, ó por no haber ordenado bien el asalto, ó porque la muchedumbre de la poblacion era muy superior á su tropa, y así fueron rechazados con no poca pérdida, y se retiraron precipitadamente á su poblacion.

En vez de abatir su ánimo esta pérdida, encendió su enojo para tomar con mayor empeño la empresa, aumentando considerable número de tropa, así de su nacion, como de la de Azcapuzalco, cuyo rey les envió secretamente un crecido número de ella, fingiendo que iban voluntarios á unirse á los mejicanos, sin permiso ni noticia de su rey.

No se descuidó Tenancacaltzin en prevenirse y levantar un considerable ejército, con que no solo pudiese defenderse en su corte, sino salir en demanda de los enemigos advenedizos á castigar su atrevimiento, y dejarlos escarmentados, para que no intentasen segunda vez poner en ejecucion su proyecto, que él creia que se reducía solo á robar la ciudad, y estaba

(1) Expresion que denota la marcha de alguna tropa cuando van los soldados unos tras otro. Los lectores militares no necesitaban de esta explicacion; pero los demas entiende el editor que sí.—E.

muy léjos de pensar que fuese su intento despojarle de la corona.

Teniendo ya á punto toda su prevencion, salió con su ejército de Tenayocan, y dirigió su marcha para Chapoltepec con ánimo de dar sobre ellos en su misma casa. Noticiosos los mejicanos de la marcha de sus enemigos, salieron de Chapoltepec mandados por su rey Huitzilihuitl, y emprendieron la marcha por la falda de los cerros, para ir á encontrar al enemigo, por el camino que sabian que traia. Avistáronse los dos ejércitos cerca del cerro de Tepeyacac, en el parage donde está ahora el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, y dada la señal de embestir por entrambos generales, se dió en el mismo sitio la batalla, tan cruel y sangrienta, que contaron por miles los muertos; mas siendo mucho mayor la pérdida de los imperiales, comenzaron estos á retirarse precipitadamente. Siguiéron furiosos los mejicanos el alcance, persiguiendo á sus enemigos hasta la corte de Tenayocan, la que entraron espada en mano, haciendo en ella horribles destrozos, y habiéndola saqueado, dejando en ella competente guarnicion, se retiraron cargados de despojos, y dirigieron su marcha derechamente á Azcapuzalco, á dar cuenta de todo á Aculhua, y de allí se volvieron á Chapoltepec. Esta fué la primer guerra y señalada victoria de los mejicanos en esta tierra, que les grangeó un tan gran concepto, y tan alta reputacion de valerosos, que comenzaron desde entónces á hacerse respetables.

Viendo Tenancacaltzin derrotado su ejército, saqueada su corte, y en peligro su persona, con pocos que le siguieron huyó á Xaltocan á implorar el socorro

de su rey Paintzin, y del de Cohuatlican; mas siendo estos partidarios de Quinantzin, no solo le negaron el socorro, sino que prontamente avisaron á Quinantzin para que se aprovechase de la ocasion, y apoderándose de su enemigo vengase su traicion. Pero el generoso monarca les respondió sin detenerse: que nunca habia pensado manchar sus manos en la sangre de su tio, ni creia digna accion de un monarca vengarse en un fugitivo; que ántes bien le parecia mas propio y conforme á su real sangre perdonar al ofensor, que afligia al afligido; y que así puesto que no podian ni debian darle el socorro que pedia, por lo ménos le defendiesen de sus enemigos, si le perseguian, puesto que habia venido á ampararse de ellos; que él por su parte le ofrecia salvo conducto y paso franco por sus dominios, para que se retirase la tierra dentro á guardar el corto resto de vida que le quedaba. Heroica accion de un gentil, digna de eterna memoria, que tiene raros ejemplares, pero debidamente aplaudidos en la historia.

Cumplieron los reyes la órden de Quinantzin, y dándole á Tenancacaltzin alguna gente que le acompañase para el seguro de su persona, tomó el camino para la tierra dentro, y no se supo mas de él.

Este fué el desgraciado fin de Tenancacaltzin, á quien no le duró el imperio mas que un año, porque su derrota la señalan en el de dos casas, que corresponde al de 1299.

Viendo Aculhua lograda la accion, no tardó en declarar su intencion, y convocando á los príncipes del imperio para su ciudad de Azcapuzalco, les hizo saber que él habia sido el autor de la guerra de los mejicanos para destronar á Tenancacaltzin que tenia usurpada la

corona imperial, viendo que Quinantzin no daba paso, ni se movia á recobrarla, ántes bien parece que la habia abandonado, y teniendo el derecho preferente por nieto de Xolotl de linea legitima, aunque por hembra, era sin duda él en quien debia recaer, y no le parecia justo ni decente desentenderse de ello, dejándosela poseer al usurpador; y habiéndola recobrado de él á fuerza de armas, tenia otro nuevo justo título para coronarse, y debia ser reconocido por supremo emperador. Bien conocieron los príncipes que no era la razon, sino la ambicion la que le movia; pero el gran poder de Aculhua, y la alianza con los mejicanos, cuya accion y victoria habia infundido terror en toda la tierra, les hizo condescender y reconocerle por gran chichimeca tecuhtli, aunque muchos concibieron desde luego el intento de negarle el feudo, y hacerse despóticos é independientes en sus dominios, como despues lo ejecutaron; pero por entónces callaron, y en la misma ciudad de Azcapuzalco se celebró solemnemente la jura y coronacion en el mismo año de 1299.

CAPITULO XV.

Guerra de Acamapichli con Coxcox de Culhuacan, á quien destrona, y se corona él; muere, y le sucede su hijo Xiuhemoc en el reino de Culhuacan. Muerte de Huitzilihuitl rey de los mejicanos, quienes eligen en su lugar á Xiuhemoc, y se trasladan á Culhuacan donde viven algun tiempo, hasta que los expelen su rey. Acuden al emperador para que les asigne terreno, y este lo deja á su eleccion. Fingen los sacerdotes la fábula del águila y el nopal, y se separan los nobles de los plebeyos. Levantan aquellos rey, y fundan á Tlatelolcq.

A ejemplo de Aculhua intentó su hermano Acamapichtli coronarse en Culhuacan, haciendo valer los derechos de su muger Ilancueitl hija de Achitometl, contra los de Xiloxochitzin, hija de Calquiyauhtzin, nieto del mismo Achitometl, y muger de Coxcox actual rey de Culhuacan; y valiéndose tambien de los mejicanos, comenzaron estos tambien á cometer algunas hostilidades en las tierras de Culhuacan, sin embargo de que Coxcox habia mantenido con ellos buena correspondencia, y habia permitido que algunos de ellos se avicinasen en sus dominios, y aun en su misma corte.

Procuró á los principios contenerlos por buenos medios, con mucha moderacion y mansedumbre; mas como el fin de los mejicanos era tomar pretexto para declarar la guerra á los culhuacanos, para cuyo efecto tenian ya hecha toda su prevencion, en vez de contenerse, se propasaron á mayores hostilidades, viniendo en tropas tumultuariamente á talar los campos, robar